

ra que la estrategia del regionalismo funcionase no para el estudio de las particularidades, sino para la ratificación de que existe un registro que se “desvía” de la norma o de una supuesta homogeneidad en la lengua.

Paradójicamente, la unidad de la lengua se percibe más en los diccionarios que buscan exaltar sus diferencias que en los que presuntamente representan al idioma que compartimos más de quinientos millones de hispanohablantes en el mundo. En esta obra, por ejemplo, lemas como *dar cátedra*, *chambón*, *trebejo*, *obra gris*, *empanada*, *entumido* e incluso *equis*, con el sentido de desconocido, son registradas como colombianismos, aunque también formen parte de la vida cotidiana de México, y es probable que de más países latinoamericanos. En ese sentido, estas obras cuestionan la línea de la lexicografía prescriptiva que tuvo por décadas como referente al modelo de la Real Academia Española, institución que cada vez comienza a indicar más en el *Diccionario de la lengua española* la inclusión de españolismos como zumo, ordenador, entresuelo, judías verdes (algunas con toda seguridad son compartidas con otras regiones).

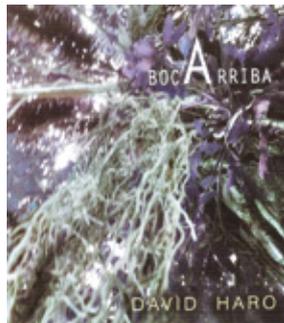
En suma, la imagen global de esta obra pareciera señalar que todo diccionario regional es una crítica a los nacionalismos y al mismo tiempo un intento por reivindicarlos. Escribir y reescribir diccionarios como el elaborado por el Instituto Caro y Cuervo significa, así, una oportunidad para conservar una tradición cuestionándola, una manera de reinventarnos en la lengua compartida asumiendo una postura que celebre la diversidad. **LPyH**

Carlos Rojas es licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas y maestro en Estudios de la Cultura y la Comunicación, ambos programas de la UV.

Mirar el mundo bocaArriba:

Trova

Raúl Eduardo González



David Haro. *BocaArriba*. Disco compacto (CDFL-1787). México, Fonarte Latino/Cerdo Montés, 2018.

Con la compleja diafanidad de su voz y su poesía, David Haro nos entrega su disco *bocaArriba*, 16 canciones en las que la guitarra y la voz del cantautor jaltipaneco e íntimamente universal dialogan con la poesía de Sabines, Alcocer, Belli y Patraca. El álbum cuenta con los espléndidos arreglos de José Luis Martínez Navarrete (quien asimismo toca el piano y el acordeón) y con los destacados músicos Armando Correa (en la ejecución de un bajo de precisión cardinal) y Jesús Méndez (en las no menos precisas percusiones). Todos, bajo la dirección de Guillermo Zapata, cuyo encuentro con David debemos considerar como uno de los grandes sucesos de nuestra música popular, pues la sonoridad que alcanza el conjunto obra siempre en bien de las canciones. Así, los oyentes podemos recuperar y forjar mil imágenes en la evocación de los versos y los sonidos que se entretajan y visten la voz del cantor, que con su sola transparencia (compleja, lo he dicho) y con la prodigiosa armonía y puntualidad de su guitarra ya dice

muchísimo, pero que en *bocaArriba* sostiene un afortunado diálogo con una tríada de instrumentos cuyo rigor y fundamento provocan la sensación de una orquesta, que colora de bolero, son, danzón y fandango este ramo de canciones.

Algo análogo a ese efecto multiplicador sucede con los versos de David Haro, quien sabe que para decir mucho basta poco, que la tarea fundamental de la canción no está en quien la canta, sino en quien la escucha, y con ello ha procurado la precisión del verso, que diga lo justo, pero, sobre todo, que provoque:

Busqué en su forma precisa,
como un vulgar soñador,
no lastimar a la flor
ni deshojar su sonrisa.

Así dice en su canción “Olivia”, y esta impecable redondilla nos revela una poética y una forma de estar en el mundo, en pos de una belleza encontrada y compartida, no impuesta: la flor es bella porque podemos contemplarla; al arrancarla, ha de morir no sólo la flor misma, sino también nuestra posibilidad de apreciar la honda fuerza que late en la apariencia de su fragilidad. Así, en la voz que se escapa podemos descubrir la maravillosa fuerza de la poesía, en la claridad que comparte con la flor, con el arroyo, con el enamoramiento, con “tantas cosas que empiezan / y acaso acaban como un juego”, como bien lo dice David en “Y acaso”.

Siempre con el ánimo de invitar y provocar, en este nuevo disco David Haro nos incita a mirar el mundo *bocaArriba*, para ponernos en los zapatos del otro que anda también por nuestro barrio, por nuestro mundo, como “El borracho de Moisés”, quien “se gastó todo en el bar” y

En el puente del peatón,
ahí dejó su corazón,
la ciudad sin negociar su ardor.
Bocarrriba y contra el sol (“Bocarrriba”)



Por la paz

En el terrible encuentro con Moisés, David Haro nos propone mirar lo mismo que vemos diario, pero con la avidez de quien ha caído, con la nostalgia de quien se ha dejado caer, con la ensoñación de quien quiere mirar desde esa posición que nos regalan el éxtasis, el desfallecimiento, el amor, la muerte y la contemplación.

El cantor ha preferido los escenarios donde puede estar en contacto directo con la audiencia; ahí, como con este disco, ha asumido el compromiso de revelar la belleza y descubrir la forma en cada canción: “claro como el agua, claro, / para que nadie comprenda”, como lo expresó Antonio Machado.

En *bocArriba*, David encara la difícil belleza de lo feo, de lo que no es aceptado socialmente como grato, lo que nos puede causar repudio o dolor, y que sin embargo también es parte de la vida y, por ello, de la poesía, una fealdad y un dolor que en los días que corren tenemos muy al alcance de la mano. En “Ayer fue 6 de julio” David nos recuerda, con una vigencia y una rotundidad que hielan, que “Ayer fue seis de julio / y yo intenté cambiar mi vida...”. Dice el poeta: “Hasta ahora las metáforas / han servido para no ahogarme...”, y el espejismo del primer domingo

del aciago julio sexenal vale por la repetición: “Cambiar de vida no pude, / Cambiar de vida no pude”.

David nos confronta en “Somos”, apelando a quienes conformamos su auditorio, y nos sacude del lugar confortable del espectador, para recordarnos que la poesía debe ser, ante todo, una revelación, un estremecimiento; así, nos interpela de uno a uno: “Somos el mismo recluta involuntario / que es aplastado en ilógicas revueltas”. Y asimismo invoca, en “Luna de cristal”, la salida que hallara a su vida Héctor Lavoe:

Hoy sentí que el miedo a la
[soledad
me hizo susceptible a todo:
no tener a dónde ir,
solo ganas de pensar tirado en
[cama.

Pero el recorrido de *bocArriba* no nos deja simplemente echados en la cama, en la disyuntiva de ser “un muerto en vida / sepultado en la rutina” que decide “abrir las llaves del gas”. El disco expresa también, como David sabe hacerlo, esa urgencia sutil del amor que le ha inspirado tantas canciones, y que nos confiesa en “Mi deseo” el eterno precepto del amante, para quien “no hay otra mujer”:

Por ella sola veo
y de otras estoy ciego;
con esta pena que me inunda,
la deseo.

David cierra el disco con “A trote de mula”: evoca la disposición de la tarima en la noche de fiesta, el compartido pan de los asistentes, el trajinar de los vaqueros para llegar al fandango, la energía del zapateado, y la vitalidad de la cultura ligada al baile tradicional, donde “Una antigua guitarra / sin imposibles prosigue”.

En la vitalidad del rito evocado podemos reencontrarnos con la honda raigambre de esta voz y esta poesía los integrantes de la cofradía íntima de quienes estamos dispuestos a mirar la vida *bocArriba*, al compás de las canciones. Se trata de un disco donde, a decir de Salvador Alcocer, “la música subraya la emoción y la impresión del trópico caliente”, y esa triple configuración de música, poesía emotiva y médula tropical nos regalará muchas horas de audición, gusto y reflexión, en la diáfana complejidad de la voz. **LPyH**

Raúl Eduardo González es profesor en la UMSNH. Estudia las canciones populares y de tradición oral. Es autor del *Cancionero tradicional de la Tierra Caliente de Michoacán*.